

La córnea, perforada. El ojo, destrozado por el pincho del compás.

Tuerta de por vida. ¿No se llaman tuertos los que solo ven por un ojo? La palabra remitía a otras épocas, a pintura tenebrista, a la poesía burlesca del barroco. La madre pensó con amargura en el Polifemo de Góngora. Solía filtrar las emociones a través de sus lecturas, sobre todo ante los golpes duros de la existencia. Los heraldos negros, otro guiño. Este era uno de los peores que le había enviado la muerte. Y recordó toda la literatura sobre la crueldad infantil, de Musil a Carrère. Pasar la realidad por el tamiz de la ficción era un buen recurso de distanciamiento. No daba consuelo, pero ayudaba a anestesiar. La protegía, como un grueso colchón de plumas, del filo inclemente de la vida.

Por desgracias como aquella no había querido tener hijos. Ya era bastante complicado responsabilizarse de una misma como para hacerlo de otros. Sabía que un hijo sería una fuente de sufrimientos y quebraderos de cabeza que nunca iban a compensar la parte bella del asunto. Lo sabía, aunque nadie lo manifestara abiertamente. Era un tabú aceptado del cual desconfiaba. Por eso había sido una madre atípica que

se negó a vivir pegada a su bebé, a cambiar todas sus rutinas para adaptarlas a las del nuevo ser. Quiso que la niña fuese independiente desde pequeña. Sería hija única y debía aprender a defenderse sin ayuda.

Al padre le preocupaban las notas, que fuese aplicada, que rindiera en clase y en el conservatorio y en el inglés. A la madre no. Ella había sido una buena estudiante, con premios y becas, y muy pronto se dio cuenta de la inutilidad del talento y del esfuerzo. Descubrió que la vía más transitada para prosperar pasaba por el servilismo y los contactos. ¿Para qué pelear tanto entonces? ¿Para qué alumbrar sueños e ilusiones? ¿Para acabar aceptando que adular, agachar la cabeza y ponerse a la cola constituía el método más fructífero? Prefería que su hija ignorase estas esferas. Que fuese una persona feliz del montón y observase el mundo sin ensuciarse.

El padre decía que no era cuestión de medrar o de quedarse abajo en la escala social. No iba por ahí su defensa del estudio. Era para que no la engañaran, para que tuviese una mente despierta y crítica, incluso con sus propios padres, para que el don de la palabra y un ingenio vivo le permitiesen revolverse ante las injusticias. Eso la hará infeliz, opinaba la madre, la gente que sabe demasiado es infeliz.

El matrimonio solía discutir sobre ello desde que la hija llegó a sus vidas.

El tutor los convocó un par de días después, mientras la niña seguía ingresada en el hospital. La dejaron al cuidado de los sobrinos paternos, que adoraban a la chica. La sobrina casi había roto a llorar al enterarse de la noticia. Se llevó las manos a la boca y ahogó un sollozo. Dijo que no comprendía nada. Que todo aquello era horrible. Y los padres de la niña sintieron más pena de sí mismos y una desolación aún más intensa.

Durante la reunión, el profesor mantuvo un discurso incoherente. Tan pronto se mostraba optimista como adoptaba una actitud fúnebre, pese a que la niña no estaba muerta. Era evidente que los acontecimientos superaban al joven docente, regordete y salpicado de acné. Nadie le había enseñado cómo gestionar algo así. Nunca memorizó aquel tema en la facultad ni en el máster de enseñanza secundaria: el tema de los pinchos del compás que perforan córneas en mitad de una clase y en medio del pasillo. Se sentía culpable, seguramente sin causa. Incapaz de fijar la mirada en los ojos de los padres, revolvía papeles, ponía y quitaba el capuchón a un bolígrafo mordido, observaba la puerta del aula como si de un momento a otro fuese a cruzarla un ángel exterminador. El padre sintió lástima por el muchacho, por su patético esfuerzo en aparentar una madurez de la que carecía. Decidió facilitarle el mal trago. La madre, sin embargo, mantenía la boca cerrada y analizaba cada gesto del profesor tratando de adivinar qué parte de responsabilidad tenía en el escabroso asunto. Una niña atacada violentamente por un compañero. Y aquel profesor de comportamiento, como mínimo, sospechoso.

¿Y el chico? Está en casa, lo hemos enviado a su casa, dijo el profesor. En principio, por ser menor, no se pueden emprender acciones legales contra él, dijo el padre, remedando el lenguaje del abogado que los asesoraba. Lo sé, afirmó el profesor, pero su expresión traslucía sorpresa. La madre y su silencio se le clavaban en el cerebro y no le permitían dominar las reacciones. Más tarde, acostado en la cama, trataría de rememorar la conversación con los padres de la niña. Se acordaría de la calma del padre y de su voz pausada —¿no debería gritar enfurecido?, ¿no debería mostrarse colérico contra mí y contra toda la institución educativa?, ¿cómo me comportaría yo en su lugar?— y de la mirada desconfiada de

la madre, una mujer que parecía embargada por preguntas que prefirió callar.

De regreso al hospital, el padre opinó que nadie, excepto la ciencia, podía devolver el ojo a su hija. Y, sin ojo, ¿qué sentido tenía la venganza? Conducía despacio, como de costumbre, y le reconfortó comprobar que, pese a hallarse inmerso en un incidente tan lamentable, seguía tranquilo al volante. Hablaron los padres de que tal vez el chico crecería y sacaría más ojos o incluso mataría a alguien. Pero comprendieron que se trataba de una posibilidad remota. Lo más probable era que, con el paso de los años, se convirtiese en un hombre vulgar y anodino, bebedor de cerveza en el bar de la esquina, divorciado, con varios hijos, pareja a su vez divorciada, hipoteca, pantalla enorme de televisión, móvil pagado a plazos, gusto pésimo en cuestiones estéticas, préstamos de esos que se hacen por internet. Y nunca recordaría a la niña que dejó tuerta. Si acaso, alguna vez, al cruzarse por la calle con una vendedora de cupones, se preguntaría durante unos segundos por ella, ¿qué habrá sido de aquella chica? Y la olvidaría enseguida para mirar el trasero de cualquier transeúnte.

Con el tutor no habían sacado nada en claro. Dijo que estaban investigando las circunstancias, que intentaban reconstruir los hechos, que estaban entrevistando a los compañeros, a la profesora de plástica, a cualquier persona que pudiese aportar información. Y que lo principal, por el momento, era la salud de la chica. No habló de expulsar al agresor ni de su traslado a un centro de menores ni de la comparecencia ante la justicia de sus padres, responsables en última instancia de los actos del vástago. No habló de las cuestiones que la madre esperaba tratar. En su imaginación, de forma irracional, la mujer veía al agresor y a su familia como en una estampa

de la Revolución Cultural, con un cartel colgado al cuello y el mensaje *soy un monstruo* en caracteres chinos, todos en actitud avergonzada y rígida. Era absurdo, pero la imagen tenía efectos sedantes: aquella incongruente fantasía suplía el careo real que iban a tener que soportar unos y otros. Porque el abogado les había dicho que, en estos casos, se organizaba una vista entre las partes implicadas. Allí se expondría el resultado de la investigación llevada a cabo por el centro educativo en colaboración con las autoridades policiales. Y padres y niños tendrían derecho a hablar. ¿Se escenificaría alguna especie de disculpa oficial? ¿Habría algún tipo de acuerdo que firmar? Una niña sin ojo no da pie a muchos pactos. Una niña sin ojo desarma la burocracia, diluye los formalismos, inutiliza los protocolos establecidos. La córnea desgarrada convierte el encuentro en una impostura, en un sinsentido. Era preferible la imagen de los carteles colgados al cuello. Las letras chinas en trazo grueso y la actitud de títeres de cachiporra sin resortes de humanidad. El extrañamiento sanador, pensaba la madre.

Habían sido fuertes. Habían trabajado duro. La perspectiva de los años dulcificaba los esfuerzos y los envolvía de un halo heroico-juvenil. Seguramente nunca había sido para tanto y lo cierto es que todo les había ido bien. Conocían la muerte porque ya habían enterrado a los padres de ella y a la madre de él, y solo quedaba el padre, con alzhéimer, en una residencia. También habían pasado malas rachas, habían tenido que sortear algún bache, ¿quién no? Pero lo de la niña era, quizá, lo más terrible que les había sucedido. Lo más devastador y dramático por incomprensible.

La tuvieron cerca de los cuarenta. Habían ido postergando la paternidad durante años, por pereza, por miedo, por